

# Editorial



## Necesitamos ser todos educadores

# G

iran en nuestro entorno bocetos de ofertas "electorales". Se plantea la necesidad de acuerdos y consensos. La educación vuelve a ser la prioridad del discurso; pero, como siempre, el discurso repetitivo se vuelve fastidioso. No importa, porque con ello se discurre de lo humano y lo divino, sin exigencias de responsabilidad, y mucho menos de compromiso. Se plantean, con claridad y exquisita especificidad, los diagnósticos de la situación educativa y, en el otro extremo, abundan propuestas de metas románticas y utópicas; pero pocos proponen los mecanismos, negociaciones y consensos para llegar a esas metas. Sabemos que de buenas intenciones esta lleno el infierno.

### HUBO UNA EDAD DE ORO

La referencia al pasado, especialmente al trienio en donde se alfabetizaron 35.000 venezolanos, a la excelencia de nuestros liceos y escuelas públicas, son el punto de comparación para cuestionar el deterioro progresivo de nuestra educación actual. En esa diatriba, se mueven discusiones de tendencia estatizante y de tendencia privatizante; ambas tienden a simplificar las respuestas y son discusiones que no llevan a ninguna parte como lo es pretender enfrentar la "sociedad civil" al Estado.

La expansión cuantitativa de la educación de los años sesenta-ochenta, indudablemente, abrió compuertas a nuevas oportunidades, pero fuertemente disociadas de las necesidades socia-

les. Tenemos que admitir su poca relación y preocupación por el progreso técnico como factor de producción y con las exigencias crecientes de una conducta ciudadana. Posteriormente, las presiones del "ajuste" afectaron tanto el gasto educativo que se tradujo en el deterioro del salario de los docentes, y de inversión para crecimiento. La combinación de ambos factores pone hoy en tela de juicio la educabilidad de la gente. El pensar que hubo una edad de oro responde a que, como padres, sentimos que no podemos garantizar que nuestros hijos tengan la misma o mejor educación que nosotros.

La constante búsqueda de acomodos parciales y puntuales demuestra que la estrategia predominante ha sido detener el deterioro, esto es, una estrategia defensiva para tratar que el impacto sea lo menos negativo. Por allí van ciertas decisiones de descentralización orientadas a manejar el déficit fiscal o a dividir las presiones sindicales; pero, ¿y los resultados de la calidad de la educación?

### ¿EL DESDIBUJAMIENTO DEL PAÍS?

Los diagnósticos no requieren consenso; tal vez, aislados, suelen ser estímulo para que cada quien le sume sus anécdotas personales. Creemos que hay en ellos un pugilato por demostrar que las cosas van de peor en peor; es casi un deporte nacional concentrar en el

Ministerio de Educación el origen apocalíptico de todos los males. Ya no son sólo las dificultades de instrucción; es la deserción creciente del sistema educativo, es la carencia de mano de obra calificada, es el creciente desempleo por la baja iniciativa y productividad, es la limitación para entender los procesos de transformación tecnológica que se producen en nuestro entorno; en palabras simples, es sentirnos apabullados y sin herramientas ante el presente y el futuro. Es absolutamente obsoleto plantear la controversia entre educación e instrucción, porque nadie puede sostener que la autonomía ética y cívica de un ciudadano puede surgir de la ignorancia de lo que es necesario para valerse por sí mismo como profesional o técnico, además de que no se puede educar sin instruir y viceversa.

Al reconocer las dificultades, hay que asumir el proceso de construir un nuevo patrón de desarrollo. Al dejar de lado las posiciones defensivas, tenemos que construir consensos. Y decimos "construir", pues, aun cuando el discurso nos hace palpar un sentir nacional, esto no es así: cada uno busca un consenso que le permita mantener sus privilegios. Para ejemplo bastan los proyectos de ley del ejercicio docente, de educación superior y de ciencia y tecnología, en su mayoría orientados a consolidar el pasado, con un discurso justificativo del futuro. Se pretende atacar síntomas, pero en ningún momento transformar las causas de los mismos.

¿Por qué un consenso político? Sencillamente porque las estrategias de convertirnos en una sociedad educadora requiere el manejo de la complejidad de intereses y riesgos, no sólo del sector educativo sino de lo productivo, del poder comunicacional y de las estructuras políticas, ya que se trasciende más allá de los períodos gubernamentales, y la construcción de consensos se convierte en una alternativa a los mecanismos del mercado, para resolver el problema de los recursos. Para no perder el norte, ante los obstáculos, hay que construir atajos.

## LA INSTRUMENTALIDAD DEL CÓMO HACER

Ante la propuesta de llegar a los doscientos días de clase y el turno integral, no se han hecho esperar los estados de ánimo pesimistas. ¿Qué es lo que van a enseñar? ¿Podrán los docentes diversificar las actividades? Si algo está claro, es el carácter sistémico de las estrategias educativas, en donde hay que aceptar las consecuencias de cada acción sobre el resto. Este simple postulado, que tiene la inmensa ventaja de ser concreto y sencillo, requiere modificar algunos artículos de la Ley de Educación, construir escuelas, atraer talentos y capacitar docentes, materiales didácticos y apoyo comunitario. Es una revolución que redefine las funciones del Estado central y consolida la autonomía local para procesos y resultados concretos. Si estamos comprometidos con el cambio, bien vale la pena el esfuerzo, pero todos tenemos que entenderlo. Algunas regiones del país, como Miranda, Mérida, Falcón y, en alguna medida, Bolívar, han facilitado estas iniciativas que demuestran la capacidad de emprender nuevos caminos. Pero se requiere algo más: convencernos de que no es un problema de experiencias aisladas en donde llenamos nuevamente diagnósticos o presentamos buenas ponencias, sino de lucha por conquistar un futuro que signifique la posibilidad de hacer un país en donde sea realidad la convivencia ciudadana y la dignificación de las condiciones de vida.

El reducir el debate educativo a lo público o lo privado es también plantear una polémica estéril y profundizar las brechas entre la educación de masas para los pobres y la educación personalizada para los grupos medios y ricos.

Hemos querido hacer todos los cambios al mismo tiempo y claudicamos diciendo que el Ministerio de Educación es un monstruo que se come al más valiente. Pero, ¿quién dice que no se puedan movilizar otros agentes sociales? Concretemos la instrumentación en decisiones claves que tengan efecto multiplicador, pero sabiendo que nos tenemos que "empeñar", como se empeñaron las organizaciones políticas, religiosas y sociales, a alfabetizar 35.000 venezolanos en tres años.

## ¿PARA QUÉ UNA SOCIEDAD EDUCADORA ?

Declaraciones no faltan. Hemos definido la prioridad educativa como el Estado docente, la Educación empresa nacional y, por si fuera poco, firmamos en Jomtiem, Tailandia, en 1990, el compromiso mundial de lograr educación para todos en el año 2000. Tal vez firmamos cualquier cosa, porque no nos sentimos comprometidos a ello. Entonces, ¿qué entender por una sociedad educadora? Se han globalizado muchas cosas; entre otras, los flujos especulativos de la economía, la visión estratégica de las fuerzas productivas, las telecomunicaciones; pero también se han fragmentado muchas más. La autopista de la Internet nos permite comunicarnos a miles de kilómetros, pero crecen los prejuicios hacia los vecinos, los pobres, los inmigrantes y, entre ellas, la escuela pública. Se globalizan los intereses económicos, pero se fragmentan los derechos humanos y la protección ambiental. La crisis de nuestro bienestar nos ha llevado a que cada quien resuelve lo suyo, sin importar el costo al vecino. Más que individualismo, estamos desarrollando un egoísmo colectivo que lleva a una anomia generalizada. Por ello, el problema educativo va más allá de las aulas y del Ministerio de Educación, de los gremios y de los recursos; lo que está en juego es la gobernabilidad democrática. Enfrentar la anarquía significa entender que todos, desde diferentes perspectivas y niveles, somos educadores de las normas y los valores que compartimos como país.

Dentro de nuestras contradicciones y esperanzas, hay que transmitirles a las nuevas generaciones que esperamos todo de ellos, pero no podemos quedarnos pasivos a esperarlos: tenemos que actuar

Necesitamos ser todos educadores.

# Editorial

## Las razones de los chavistas

**N**o creemos en Chávez; pero sí entendemos las razones de los chavistas. En su larga campaña, Chávez ha dado muestras de ser un tipo "echao pa'lante" y que absorbe como una esponja lo que le proponen sus asesores. Pero estas cualidades no bastan ni mucho menos para conducir la República. Además, no tiene un equipo consistente ni puede articularlo para el año que viene. Por eso para nosotros no es un candidato creíble.

Sin embargo, sí entendemos las razones de quienes simpatizan con él y se muestran dispuestos a apoyarlo. Y son razones muy justas y respetables. Son las razones de los humillados y ofendidos. Los que llevan el peso mayor en las políticas de ajuste y en los esfuerzos (bastante poco exitosos, por desgracia) del gobierno por lograr la estabilización macroeconómica. Los que no son tomados en cuenta en las discusiones de las "fuerzas vivas" que moldean la opinión pública. Los sacrificados sistemáticamente por los partidos del estatus para retener sus clientes y aumentar su poder. Los que hasta hoy están al margen del disfrute de un Estado de derecho porque en la práctica no son considerados ciudadanos y ni siquiera seres humanos. Los excluidos. Que no son sólo los pobres, sino una gama mucho más extensa: la mayoría de la población.

Ellos han percibido que Chávez se refiere a ellos y a sus problemas. Ellos están de acuerdo con el mensaje de Chávez de que no hay nada que esperar de los actuales políticos y de sus socios, y de que ya es tiempo de excluirlos, incluso de pedirles responsabilidades administrativas y penales. Tiempo de que se acabe la inepticia y la impunidad.

En vez de tomar en serio este estado de ánimo de gran parte de la población, la dirección de la "opinión pública" se orienta a descalificar a Chávez y, aunque oblicuamente, también a los chavistas. Ellos serían la chusma carente de conciencia y dignidad, incapaz por eso de cualquier discernimiento y a merced del demagogo de turno. En esta línea, insisten en que tomar en serio a los chavistas sería naufragar en el populismo y perder así la ocasión de emerger por fin del naufragio del rentismo.

Para nosotros, este manejo interesado de la opinión es profundamente antidemocrático y finalmente suicida. Las élites del país, que configuran la opinión pública (los grandes grupos económicos, los políticos, el mundo académico, la institución eclesiástica...), tienen que entender que no es viable ninguna agenda sobre Venezuela que no incluya como elemento estructural a los sectores populares en su condición de sujetos sociales.

No es cierto que la gente no entienda un discurso coherente referido a la transformación estructural de los diversos sectores, y que no acepte la parte que le toca en esos sacrificios. Lo que ha pasado es que el gobierno ha pactado con Acción Democrática la estabilidad a costa de la reforma del Estado. El pueblo es el mayor beneficiario de una burocracia eficiente y responsable ante la ciudadanía. Eso significa buenas escuelas, buenos hospitales, buenas policías, trámites ágiles y transparentes. Pero implica también el fin de los partidos (del modo actual de concebirse y funcionar), al acabarse su base clientelar, tanto en los

sindicatos como en los gremios. Pero los partidos están sacrificando a la ciudadanía para consolidar su poder. La gente ha entendido correctamente que a eso va encaminado el pacto AD-Copei. Los partidos no han entendido la señal que les lanza la sociedad civil para que se refunden, y por el contrario profundizan sus vicios con la mayor desfachatez. Ellos son los principales responsables del discurso antipartido.

Lo mismo podemos decir de la política económica. Tampoco los bancos, por ejemplo, han aprovechado la crisis para una reforma estructural que los haga más funcionales y sólidos. Se han dedicado a la rentabilidad inmediata. Con lo que siguen siendo una amenaza para el país y no una garantía de estabilidad. Los bancos están viviendo en gran medida del Estado, como los políticos. Resulta irrisorio si no fuera trágico, comparar lo que este gobierno ha gastado en ellos y en otros especuladores rentistas (desde los Cero Cupón hasta los TEM actuales) con lo que ha dedicado al sector social.

Insistimos en que para nosotros la solución no es ningún acto ritual sino encarar responsablemente la situación y mirar más allá de las propias narices. En la actual contienda política, ¿podemos decir que alguno de los actores lo está haciendo con seriedad? ¿Podemos decir incluso que sus credenciales superan sustancialmente a las de Chávez? En vez de tratar de descalificar a Chávez y sobre todo a las razones de quienes manifiestan el deseo de votar por él, ¿no es hora de presentar alternativas orgánicas y verdaderas, más allá del consabido carnavalesco, cada vez más gastado?